

BRECHA ENTRE RICOS Y POBRES SITUACIÓN ECONOMICA A NIVEL MUNDIAL

JOSE LUIS ALEMAN, S.J.

1. INTRODUCCION

La distribución de los bienes producidos por una sociedad entre sus miembros ha sido desigual a lo largo de la historia.

La magnitud de esa desigualdad, medida por la cantidad de bienes y servicios recibidos por los mejor y los peor retribuidos, recibe el nombre de brecha entre ricos y pobres.

El mismo término se emplea también para designar disparidad de bienes disponibles para las naciones más ricas y las más pobres dentro de un sistema económico más amplio, regional o mundialmente.

Entre ambas acepciones de la brecha entre ricos y pobres puede presumirse una compleja relación de causalidad.

Antes de analizar esta relación conviene, para no perder una visión global del problema, señalar algunas tendencias que parecen estar suficientemente establecidas por hechos documentados.

2. ALGUNAS TENDENCIAS HISTORICAS

2.1. El origen de la brecha.

Suele presuponerse que la brecha entre ricos y pobres empieza a detectarse y a ampliarse cuando los miembros de una región o de un país en su conjunto logran producir más bienes de los que requiere su simple sobrevivencia.

Los límites de esta sobrevivencia mínima son, sólo en los oscuros orígenes de la humanidad, una magnitud física determinada de alimentos o protección contra las inclemencias ecológicas. Lo normal es que se trate de fronteras mínimas variables socialmente. La fuerza misma del uso y las costumbres delinear con evidente ambigüedad el mínimo socialmente tolerado de la brecha.

Esos límites de tolerancia social a la distribución de los bienes de una sociedad, por indefinibles que sean, se manifiestan, en momentos determinados de la historia, como realidad patente al rebelarse ciertos grupos sociales organizados más o menos permanentemente contra las instituciones sociales vigentes: revoluciones y revueltas campesinas o urbanas hacen entrada violenta en la historia de los pueblos.

Otras veces, las más, la brecha es sufrida por los pobres como algo "injusto" que ofende su dignidad y que constituye una ofensa de los ricos a Dios. Los Profetas del Antiguo Testamento testimonian esta conciencia.

La reciente Instrucción sobre algunos aspectos de la "Teología de la Liberación" nos recuerda acertadamente que "la primera condición de un análisis es la total docilidad respecto a la realidad que describe. Por esto una conciencia crítica debe acompañar el uso de hipótesis de trabajo que se adopten. Es necesario saber que éstas corresponden a un punto de vista particular, lo cual tiene como consecuencia inevitable subrayar unilateralmente algunos aspectos de la realidad, dejando los otros en la sombra" (VII, 2).

Consciente de esta limitación me parece que el origen de la *brecha* hay que buscarlo en la acción simultánea de dos causalidades: una tecnológica: la acumulación de instrumentos de producción y de habilidades administrativas y científicas; otra de tipo social y político: la existencia de un grupo de personas que logran imponer a las demás reglas de juego más o menos definidas para la apropiación desigual de factores de producción (por ejemplo, la tierra) o para la distribución *dispar del producto*. (Hicks: 1969, c.; Lichtenstein: 1983, c, 2).

La explicación tecnológica, la acumulación de capital, explica el hecho mismo de una producción más allá de los límites socialmente necesarios, aparente condición para el nacimiento de la *brecha*. La explicación política resalta la factualidad de la distribución desigual de ese excedente. Sería difícil, sin embargo, negar la mutua interacción entre ambas fuerzas: sin una desigual distribución del poder se dificulta la acumulación, y sin ésta parece faltar una base sólida al poder político.

Quizás por eso, la Iglesia ha insistido siempre en que detrás de esas estructuras técnicas y políticas es imprescindible postular la acción personal de personas concretas movidas por intereses egoístas: "Frutos de la acción del hombre, las estructuras, buenas o malas, son consecuencias antes de ser causas. La raíz del mal reside, pues, en las personas libres y responsables. . ." (Instrucción: o.c., IV, 15).

Es curioso que este elemento de responsabilidad personal implícito en el egoísmo personal haya sido subrayado tan fuertemente, a veces contra otras afirmaciones suyas, por autores que se profesaban mutuamente una antipatía tan fuerte como *John Stuart Mill* (Principles of Political Economy, 1. II, c.1.3: "los acuerdos sociales de la Europa moderna arrancaron de una distribución de la propiedad, que fue

resultado no de una justa repartición, adquisición o esfuerzo, sino de la conquista y de la violencia”), y *Karl Marx* (*Das Kapital* I, c. 24).

2.2. Factor acelerador de la brecha

Mientras que los integrantes de una sociedad se consideraron a sí mismos como “miembros” de un cuerpo social, existieron de hecho algunas instituciones sociales que mitigaban y, quizás, hasta frenaban la ampliación de la *brecha*, a pesar de su evidente existencia.

Sin hacernos ilusiones románticas, parece palpable la existencia desde los estados primitivos de la humanidad hasta el feudalismo, de un tejido social que, dentro de ciertos límites, ofrecía a muchos de los marginados socialmente una limitada protección económica.

La ruptura con la sociedad de una economía de “redistribución y centralismo” (*Karl Polanyi*: 1977, c. 3), aunque nunca completa, como lo atestiguan las leyes de los pobres en Inglaterra y los mismos seguros sociales en las actuales sociedades, se acentuó grandemente a partir del siglo XVIII.

Si hasta entonces, aunque en grado limitado, cada miembro de la sociedad podía contar con un mínimo de ayuda de su grupo social en dura tarea de ganar el pan de cada día, fue adquiriendo fuerza la concepción de que cada persona humana tiene la exclusiva responsabilidad de cubrir, sin la ayuda de los demás, sus necesidades básicas. Las excepciones a esta regla, aun en sociedades con una fuerte red de seguros sociales, nacen de muy concretas situaciones “extraordinarias”, tales como la invalidez, la vejez, la maternidad o la enfermedad. Pero en principio, cada cual es responsable único de su bienestar socioeconómico en la vida diaria.

Como realmente no es posible afirmar que las causas que originan la brecha —la acumulación de capital, el mecanismo político de distribución y la misma naturaleza egoísta del hombre— hayan sido radicalmente alteradas en todo el mundo, parece que la brecha, especialmente al aumentar la población como resultado de la existencia de un excedente económico (Banco Mundial: Informe sobre el Desarrollo Mundial 1984: Introducción, c. 2) se ha agrandado al menos a nivel de países.

Sin duda la falta de una verdadera conciencia económica de solidaridad entre los componentes de las sociedades post-feudales es uno de los grandes retos morales que la Iglesia enfrenta.

Valores altos, casi absolutos, atribuidos a la responsabilidad económica de cada uno y a la libertad irrestricta de hacer el uso que se quiera de lo “que es de uno”, por una parte, y críticas feroces, por otra parte, al burocratismo e ingerencia estatal, nos hablan claramente de la “desintermediación social” que aqueja a la sociedad moderna.

Quien conozca someramente la doctrina de *Santo Tomás* (II. II al q. 66) sobre la propiedad privada, que habría que llamar “administración

privada de un bien público para bien de todos", y medite la Encíclica *Laborem Exercens* de Juan Pablo II (Apartado sobre "Trabajo y Propiedad"), captará la brecha entre la enseñanza de la Iglesia y la práctica social de nuestras sociedades.

Nadie debe negar que el proceso de individualización de la responsabilidad económica contienen aspectos altamente positivos para la sociedad económica; ni que existe, a veces, una ingerencia excesiva del Estado que puede minar las bases económicas de la producción. Pero la red efectiva y afectiva de solidaridad social —no necesariamente estatal— que padecemos quita inhibiciones sin tener la cuenta debida a las necesidades de los más pobres.

2.3. Variabilidad de la brecha

A pesar del potencial amplificador del individualismo sobre la amplitud de la brecha, es simplemente falso que en todos los países la *brecha* entre los más ricos y los más pobres haya aumentado en el tiempo.

La documentación estadística existente permite asegurar que la *brecha* entre ricos y pobres, tanto absolutamente como relativamente, ha disminuido, en forma muy apreciable, en los países *ya desarrollados*.

El peso de la documentación estadística sugiere, además, que la distribución del ingreso en los países latinoamericanos en desarrollo es tan atrozmente desigual en la década de 1970 como lo fue en los países europeos hoy desarrollados hace un siglo o incluso sesenta años.

Parece, a la luz de la información obtenible, que no es posible afirmar que exista a largo plazo, por lo menos hasta ahora, una tendencia a la ampliación de la *brecha*. Más bien la *brecha* parece ampliarse a los comienzos del logro de un excedente económico sobre las necesidades mínimas de la población y de la pérdida del sentido de pertenencia a un grupo social, para disminuir apreciablemente en la etapa industrial y postindustrial.

Es posible, sin embargo, que en el futuro esta tendencia se revierta. De hecho en los años iniciales de esta década pudiera hablarse con fundamento de un incremento de la *brecha*. Pero, repito, no hay base estadística sólida para postular un empeoramiento progresivo de la distribución del ingreso y de los recursos.

**PARTICIPACION EN EL PRODUCTO NACIONAL
DE GRUPOS SEGUN RIQUEZA**

Inglaterra 20% más rico	1913 59%	1949 42%	Hacia 1975 40%
Alemania Federal 20% más rico 60% más pobre	1913 50% 32%	1950 48% 29%	Hacia 1975 40% 37%
Dinamarca 20% más rico 60% más pobre	1908 55% 31%	1949 45% 32%	Hacia 1975 37% 40%
Suecia 20% más rico 60% más pobre	1930 59% 19%	1948 45% 32%	Hacia 1975 37% 37%
Estados Unidos 20% más rico 60% más pobre	1929 54% 26%	1950 45% 33%	Hacia 1975 50% 28%
Costa Rica 20% más rico 60% más pobre			1971 55% 25%
Perú 20% más rico 60% más pobre			1972 61% 18%
Panamá 20% más rico 60% más pobre			1970 62% 18%
Chile 20% más rico 60% más pobre			1968 51% 27%

Brasil			1972
20% más rico			67%
60% más pobre			16%
México			1977
20% más rico			58%
60% más pobre			22%
Argentina			1970
20% más rico			50%
60% más pobre			28%
Venezuela			1970
20% más rico			54%
60% más pobre			23%

Fuentes:

Kuznets, S.: *Modern Economic Growth*, 1966, pp. 208-21.

Banco Mundial: *Informe sobre el Desarrollo Mundial 1984*, pp. 204-305.

En cambio, los datos estadísticos, que abarcan desgraciadamente un período históricamente muy breve de unos 30 años (1950-1980), sugieren que la *brecha* entre los países pobres y los países ricos más bien ha aumentado: "Las grandes diferencias absolutas en cuanto a ingresos medios entre los países desarrollados y en desarrollo han persistido, e incluso aumentado, desde 1950" (Banco Mundial: *o. c.*, p. 6)

Es muy posible que este tipo de *brecha* haya aumentado por la mayor tasa de crecimiento de la población en los países en desarrollo. Con todo, para tomar un ejemplo de país en desarrollo con más de 700 millones de habitantes —la India— y otro de un país desarrollado con 230 millones de habitantes— los Estados Unidos— la "diferencia de ingresos... ha aumentado de casi \$5,000 a casi \$8,000 entre 1955 y 1980. La conclusión general es ineludible: gran parte de la producción del mundo es obtenida y consumida por relativamente pocos de sus habitantes" (*Ibidem*: p. 9).

RESUMEN

- a) Parece que ha tenido lugar una disminución de la *brecha* entre ricos y pobres en los países ya desarrollados;

- b) La *brecha* entre ricos y pobres en *América Latina* hacia 1970 es comparable a la que existía en Europa a comienzos de siglo (los casos más extremos son *Suecia* en 1930 con el 59% del ingreso nacional en manos del 20% más rico y el 19% en poder del 60% más pobre de la población —una brecha de 40; y Brasil en 1972 con una brecha de 41: 67% y 16% respectivamente);
- c) La *brecha* en ingresos medios entre los países ricos y los pobres ha aumentado en el período 1955 a 1980. (Conviene, con todo, recordar que los países pobres han experimentado un fuerte incremento de población)

Nos llevaría demasiado lejos tratar de hallar una explicación razonable a la disminución de la *brecha* observable en los países desarrollados (los Estados Unidos parecen ser una excepción). Pero hay serios indicios de que este fenómeno tiene que correlacionarse con el fuerte incremento del gasto público en esos países.

**GASTO PUBLICO TOTAL DE LOS PAISES INDUSTRIALES
EN PORCIENTOS DEL PIB
1961 – 1981**

País	1961	1966	1971	1976	1981
Alemania Federal	33.8	36.9	40.2	48.1	49.3
Canadá	30.0	30.1	36.6	39.6	41.4
Estados Unidos	29.0	29.2	32.3	34.5	35.4
Francia	35.7	38.5	38.3	44.0	48.9
Italia	29.4	34.3	36.6	42.2	50.8
Japón	17.4	20.3	20.9	27.8	34.0
Reino Unido	33.4	35.6	38.4	46.2	47.3
Promedio de todos los países industriales	29.3	30.6	33.3	37.9	40.9

Fuente:

Banco Mundial: Informe sobre el Desarrollo Mundial, 1984, p. 18.

Las altas tasas de gasto público (cercasas a la mitad del producto en Alemania, Francia, Italia y Japón) señalan un desplazamiento del origen de la demanda de bienes y servicios desde el sector "externo" de la economía hacia el sector *interno* público y privado (transferencias).

Ahora bien, todo modelo de política económica que tenga como motor primario (sea como resultado de una política deliberada o como "remedio

keynesiano" a ciertos niveles de desempleo), la demanda interna implica, necesariamente, una sensible redistribución del ingreso.

Lo curioso, además, es que una variación tan apreciable del gasto público en 20 años haya acaecido en países donde no es posible hablar en serio ni de fuertes crisis políticas, ni siquiera de presiones sociales populistas de apreciable envergadura.

Tengo la impresión personal de que toda una serie de medidas políticas, aparentemente intermitentes, se fueron introduciendo en la economía, como resultado de muchas fuerzas que actuaron simultáneamente, y a veces sin grandes acuerdos previos, en favor de una distribución de ingresos: la competencia del extranjero, el desempleo que hace su aparición dramática hacia 1980, la burocracia social empeñada en construir una sociedad más humana, presiones sindicales, y aun empresariales para poder garantizar salida a sus productos.

3. RELACION ENTRE PAISES DESARROLLADOS Y LA BRECHA EN LATINOAMERICA

Existe virtual unanimidad sobre el hecho de una recesión mundial a partir de 1980, y sobre los acontecimientos que iniciaron el período larvario de incubación de esta crisis: los aumentos masivos de los precios del petróleo a partir de 1973. Este juicio no significa, por supuesto, que se atribuya la actual crisis económica mundial al alza de los precios del petróleo.

Más bien se constata una aceptación de la subida de los precios del petróleo como un "hecho del destino" que no vale la pena analizar en mayor profundidad, salvo para arrancar de allí a repensar las políticas y los procesos económicos desencadenados por aquellos tremendos terremotos de 1974 y de 1979.

He escogido las palabras "políticas" y "procesos" económicos conscientemente para caracterizar las dos principales explicaciones que se han dado a la situación mundial: la que hace recaer el peso de la crisis a *políticas* inapropiadas (lo que no significa ningún juicio peyorativo, dado que nadie pudo predecir, que yo sepa, las consecuencias de esas políticas), versión recientemente presentada por el *Banco Mundial* en su Informe sobre el Desarrollo Económico Mundial 1984; y la que estima que fueron más bien *procesos* económicos al margen de las políticas seguidas por los diferentes gobiernos los responsables de la crisis, versión ésta a la que, siguiendo las pistas del Centro Braudel, me siento más inclinado.

Afortunadamente, en términos prácticos, puede que ambas explicaciones coincidan en identificar los hechos principales que parecen explicar mejor la problemática de la *brecha* entre ricos y pobres en América Latina.

**PRECIOS PROMEDIO DE BARRIL DE PETROLEO
ARABICO LIGERO (ANTES GULF)
1970 - 1984**

1970	1.20 US\$
1971	1.48
1972	1.65
1973	2.20
1974	9.38
1975	9.82
1976	11.51
1977	12.33
1978	12.70
1979	18.65
1980	31.50
1981	35.37
1982	33.48
1983	29.30
1984 (marzo)	28.50

Fuente:

Hasta 1981: Banque de Paris et de Pays Bas.

Desde 1982: OEA: Boletín de Precios Internacionales de Productos Básicos.

3.1. La explicación tradicional de políticas económicas

3.1.1. Consecuencias de la subida de precios del petróleo

El fuerte incremento de los precios del petróleo en 1974 y en el período 1979-1981 tuvo profundos efectos en las economías de los países industriales *ya desarrollados*. Estos efectos pueden reducirse a los siguientes capítulos:

- a) Incremento en muchos *precios*, por ser la energía y el transporte insumos casi universales en la producción de bienes y servicios;
- b) *Devaluación* de las monedas, como consecuencia del desequilibrio entre las exportaciones y las importaciones de las cuales una gran proporción consistía en hidrocarburos. La devaluación de las monedas aceleró la inflación, sin aumentar las exportaciones ya que en buena parte éstas las realizan esos países entre sí;

- a) La caída real de la *rentabilidad* de las empresas (lo que anuló los efectos estimulantes de la caída del interés), y;
- b) La *aceleración* aún mayor de la *inflación*. Por primera vez desde la postguerra se registraron, en varios países tasas anuales de inflación de dos cifras.
- c) Obviamente la subida de precios ocasionados por el aumento de los precios del petróleo y por la devaluación bajó el *nivel real de vida* de los obreros y empleados, por una parte y el *poder adquisitivo de los ingresos públicos*, por otra parte;
- d) El mismo incremento de los costos y la incertidumbre de los futuros precios del petróleo, aumentaron el *riesgo de las inversiones* contribuyendo a la desaceleración de la construcción de nuevas fábricas e inclusive incentivando el cierre anticipado de plantas todavía útiles;
- e) Al bajar las inversiones, los países ya industrializados, a pesar de su baja tasa de crecimiento poblacional, comenzaron a experimentar dificultades en suministrar *puestos de trabajo* a las generaciones más jóvenes.

¿Qué hacer? Muchos economistas consideran que realmente casi todos estos efectos fueron consecuencias inevitables del alza de precios del petróleo y sus derivados. El único ajuste que hubiese limitado la crisis hubiese consistido en aceptar una disminución del gasto real por parte de los obreros, empleados y Gobierno, sin afectar seriamente la rentabilidad de las empresas, móvil principal de las inversiones y, por lo tanto, de los nuevos puestos de trabajo del mañana. Es éste el tipo de ajuste por el que abogan, hoy en día, muchos economistas, asesores y misiones de los organismos internacionales de ayuda, tales como el Fondo Monetario.

Sin embargo, un ajuste "real" de tal índole, que hubiese supuesto una "transitoria" amplitud de la *brecha* entre ricos y pobres en los países ya desarrollados no pudo hacerse por una fuerte resistencia de los sindicatos a permitir una caída del salario real, o no quiso hacerse por un compromiso social y político de los gobiernos con una política económica que tenía como metas el pleno empleo y el incremento del nivel de vida de la masa de la población.

3.1.2. Políticas erróneas

Como el ajuste real no se ejecutó, se recurrió a una política monetaria expansiva que hiciese posible subir nominal, y aun realmente, los salarios de los obreros y empleados, y el gasto público. Rápidamente las finanzas públicas, en su conjunto, comenzaron a mostrar déficits significativos.

En la medida en que el aumento de salarios y de ingresos estatales por vía de creación de dinero tuvieron éxito real, permitiéndoles apropiarse de bienes y recursos, se logró mantener y aun elevar el nivel de vida de la población.

Pero esta elevación del nivel de vida de la población se compró a base de dos costos sociales muy altos:

**TASAS REALES DE RENTABILIDAD
DEL CAPITAL EMPRESARIAL POR PAISES
(PORCIENTOS DEL CAPITAL INVERTIDO)
1962 - 1976**

Período	Alemania	EE.UU.	Francia	Japón	U.K.	Italia
1962-64	19.3	12.0	9.7	28.2	11.9	10.4
1965-69	19.5	12.2	10.0	27.9	10.6	11.4
1970-73	15.0	8.6	11.6	21.9	8.3	10.3
1974-76	11.4	7.1	8.0	13.5	3.7	n.d.

Fuente:

Banco Mundial: Informe sobre el Desarrollo Mundial 1984, p. 18.

3.1.3. La deflación

Finalmente los gobiernos se vieron obligados políticamente a deflacionar sus economías, reduciendo drásticamente la tasa de crecimiento del dinero.

El proceso deflacionario, iniciado casi al unísono hacia 1980, provocó dos fenómenos esperados: aumento masivo del *desempleo*, y sólo una *leve caída de la tasa de inflación*: aparentemente una buena parte de los precios no son de "competencia", que apenas permiten ganancias, sino precios "administrados" fijados por alguna regla sencilla como la de añadir a los costos un determinado margen porcentual de ganancias.

Pero la gran dificultad práctica con que tropezaron los países industriales en su proceso tardío de ajuste procedió del alza del tipo de interés en los Estados Unidos, fruto del enorme déficit fiscal de ese país. Aparentemente, el fuerte incremento de los gastos militares, la reducción de los aportes sociales significativa a nivel personal pero pequeña a nivel macroeconómico, y la disminución de los impuestos

sobre las ganancias no distribuidas de las compañías, confluyeron a que el Gobierno de los Estados Unidos se enfrentase a un déficit fiscal sin precedentes en su economía, la mayor del mundo.

El financiamiento de ese déficit fiscal, a través de bonos, ha tenido efectos negativos para los otros países industriales que han tenido que ver cómo sus ahorros se canalizan hacia los Estados Unidos, suben sus tipos de interés, y sus monedas se vuelven a devaluar frente al dólar a pesar del incremento de las exportaciones hacia los Estados Unidos.

El hecho innegable de que la tasa de interés de los Estados Unidos es relativamente superior a la de los demás países, contribuye a la exportación de capital hacia los Estados Unidos, a la revaluación del dólar frente a las demás monedas y a la reducción consiguiente de la inflación en los Estados Unidos, a base del expediente de importar bienes extranjeros a precios devaluados.

En estrecha relación con el déficit fiscal de los Estados Unidos hay que ver la presión que ejerce el Gobierno norteamericano, y que tiene que encontrar pleno apoyo en las empresas, de reducir los costos sociales, o sea el nivel real del pago a los trabajadores.

3.1.4. Los efectos de la deflación sobre los países latinoamericanos

La subida del interés en los Estados Unidos y el auge del proteccionismo en los países industrializados, como medio de paliar sus altos niveles de desempleo, inciden muy desfavorablemente en el resto del mundo, en nuestro caso concreto, en los países de América Latina.

- a) Los altos intereses vigentes en los Estados Unidos provocan un triple fenómeno altamente adverso para los países de América Latina: estimulan a la exportación del capital nativo hacia los Estados Unidos, elevan el costo del pago de intereses de la deuda, ya que las dos terceras partes de la misma fue contratada a intereses dependientes de las tasas futuras de New York o de Londres, y evitan el flujo de capital extranjero neto a América Latina a términos razonables.

En realidad América Latina está transfiriendo parte de su riqueza a los países desarrollados.

Innegablemente es cierto que muchos de los préstamos otorgados por el extranjero han sido usados parcialmente para beneficio de los sectores más ricos o poderosos de América Latina, lo que ha contribuido, por culpa nuestra, a dilatar la *brecha* entre ricos y pobres. Pero no es menos cierto que otros préstamos usados para fines económicos y sociales totalmente justos fueron ofrecidos a términos tales que, como recalca el mismo *Banco Mundial* (o.c., p. 25), "en un ambiente como ése (de bajísimas tasas de interés durante el período inflacionario de los setenta), a condición de que dure, es casi imposible deber demasiado".

Pero si el interés real (es decir, deduciéndole la tasa de inflación) sube de 0.7% en el período 1973-79 a casi el 7% real en 1981 y 1982, es inevitable que surjan graves dificultades.

- b) El proteccionismo norteamericano y europeo es justificable desde la limitada perspectiva de su desempleo. Pero las limitaciones a exportaciones de metales, artículos de cuero, azúcar y oleaginosas, afectan de un modo catastrófico a los pobres, más que a los ricos de América Latina, ocupados en la producción de estos bienes para la exportación. Por supuesto, este proteccionismo hace aún más difícil el pago de la deuda externa de nuestros países y obliga a hacer "ajustes reales" extremadamente dolorosos.

PORCENTAJE DEL VALOR DE PRODUCTOS IMPORTADOS DE LOS PAISES EN DESARROLLO QUE ESTAN SIENDO LIMITADOS POR BARRERAS NO ADUANERAS¹

País Importador	% de productos importados sometidos a barreras no aduaneras (respecto al total de sus importaciones)
Estados Unidos	5.5%
Japón	5.4
Suiza	48.8
Suecia	7.0
Noruega	10.9
Austria	8.1
Francia	7.1
Inglaterra	14.3
Italia	7.0
Alemania Federal	8.5
Holanda	19.8
Bélgica y Luxemburgo	29.7

Fuente:

Banco Mundial: Informe sobre el Desarrollo Mundial 1984, p. 19.

¹A estas restricciones habría que añadir las procedentes de impuestos aduaneros altamente proteccionistas.

3.1.5. Las recomendaciones de los países deudores

El marco general dentro del cual se ofrecen recomendaciones y, lo que es mucho más grave, se condicionan ayudas, suele reducirse en el caso de los países en desarrollo de América Latina al siguiente diagnóstico: los problemas económicos nacen de una política errónea que en vez de hacer *ajustes reales* de precios, tipos de cambio e intereses realistas (o sea resultados de las fuerzas de oferta y demanda, y paralelos a los otros países), insistió en:

- a) Subsidiar un número excesivo de precios que afectan el nivel de vida;
- b) Fomentar una política de industrialización parcial que ensamblaba piezas semiterminadas y usaba materias primas importadas en vez de incentivar las industrias y sectores tradicionales de exportación;
- c) Mantener un alto nivel de gasto público para camuflar el desempleo o acelerar el ritmo de construcción de la infraestructura.

Para poder lograr un plan tan ambicioso, con evidentes designios de disminuir la *brecha* entre ricos y pobres, los gobiernos de América Latina descansaron en una emisión monetaria excesiva y en controles de precios administrados, cada vez menos defendibles, so pena de dejar de producir.

En ese marco general se comprenden los lineamientos de la política económica recomendada a nuestros países, en especial por el *Fondo Monetario*:

- a) Devaluación de la moneda;
- b) Eliminación de los déficits fiscales, lo que requiere, a su vez, reducción de los gastos públicos, eliminación de precios de control o de subsidios, y aumentos de impuestos;
- c) Subida del tipo de interés, tanto sobre los depósitos como sobre los préstamos, de modo que se desincentive la exportación de capital.

Estas recomendaciones, sin embargo, olvidan que, sin negar —en algunos países incluso de forma muy manifiesta— una cuota de verdad al diagnóstico, éste omite por completo que una parte sustancial y hasta primaria de la crisis económica latinoamericana es inducida por factores ajenos al control de las autoridades de nuestros países, tales como el deterioro de los términos de intercambio, la elevación prodigiosa del tipo de interés real, la política deflacionaria de los países industrializados, y el proteccionismo militante contra los nuevos productores que amenazan el empleo de industrias tradicionalmente propias de países desarrollados, como las de automóviles, acero y productos metálicos. . .

Mientras que esas políticas persistan en los países desarrollados es muy dudoso que los países latinoamericanos puedan superar sus dificultades mediante el recetario enviado que busca reducir de tal modo el gasto real, que mejore la balanza comercial y restituya el crédito internacional. Otras instituciones, más sensibles a la realidad, como el mismo *Banco Mundial* aceptando que el ajuste entraña una reducción del gasto en relación con la producción, saben perfectamente bien que las simples reducciones de la producción en sí mismas "no contribuyen al ajuste y no representan más que un derroche" (o.c., p. 36).

Para ellas lo importante es aumentar la producción exportada y sustituir realmente productos importados por productos nacionales.

Más aún: "la reducción del gasto, cuando afecta a las subvenciones para alimentos, educación y salud pueden ser deplorables. A corto plazo disminuyen los ingresos reales. A mediano plazo una disminución del gasto en educación y salud menoscaba la formación de capital humano, en tanto que un menor gasto en infraestructura puede perjudicar las posibilidades de crecimiento. . . . Estos efectos pueden en verdad persistir más allá de la solución de los actuales problemas de la deuda" (o.c., p. 37).

El Banco Mundial llega a cuestionar incluso posibles excesos de imposición para eliminar los déficits públicos debido a que aquella disminuye la rentabilidad de la empresa privada.

Como se ve, existe una palpable dualidad de "recomendaciones" entre el *Fondo Monetario*, con su énfasis en la deflación y en el gasto real, y el *Banco Mundial* que busca más bien el incremento de la producción exportable y la producción nacional de bienes y materias primas importadas, sin reducción asensible de los gastos sociales y de infraestructura. Obviamente esta posibilidad descansa, además de la reorientación de la política económica, en una favorable reestructuración de la "deuda latina", y en la concesión de préstamos para fines socioeconómicos estratégicamente definidos, que no pueden proceder de la banca comercial.

3.2. La explicación de la crisis a través del proceso económico

La anterior interpretación de la crisis mundial como resultado de políticas económicas erróneas, presenta la limitación frecuente en la teoría económica de suponer que las *tecnologías* no cambian para fines de análisis (Cornwall: 1983, p.14), y que el ámbito geográfico del poder político coincide con el del poder económico (Wallerstein: 1974, c. VII).

Ambos supuestos dan un matiz irreal, por incompleta, a la explicación de las crisis por el cambio de las políticas económicas.

Si alteramos los supuestos y arrancamos de otras dos hipótesis distintas: la variación sustancial de la tecnología de producción, financiamiento y

transporte, realizada por las grandes empresas en ausencia de un control del Estado sobre ellas, es posible profundizar, sin necesidad de negar el análisis de políticas económicas, la comprensión de la actual crisis mundial.

3.2.1. El cambio de tecnología de producción

El alza de los precios del petróleo estimuló de modo extraordinario la subdivisión del proceso tecnológico de producción de bienes, y de comunicación. El nuevo proceso de producción es caracterizado por los rasgos siguientes:

- a) División de cada etapa del proceso de producción en nuevos y más simples procesos, que permiten a cualquier persona, sin especial habilidad ni preparación, desempeñarse satisfactoriamente en su ejecución;
- b) Posibilidad de control del uso de energía, calidad del producto y tiempo de operación a través de computadoras;
- c) Caída del costo unitario de transporte aéreo en multitud de elementos de un proceso total complejo, con la posibilidad de ahorrar costos unitarios totales usando como sitio de producción para cada etapa del proceso industrial el país con mano de obra más barata y disciplinada.

La consecuencia fundamental de estas innovaciones tecnológicas en el proceso de producción, es la ampliación de los objetos de toma de decisiones a la elección del *lugar más ventajoso*. Por ejemplo, una empresa de automóviles puede producir bloques de motor en un país, por ejemplo China Democrática, para terminar de ensamblarlo en otro Estado: Japón.

El hecho de que los procesos tecnológicos puedan realizarse en diversas regiones con diferentes niveles de salarios ofrece una explicación satisfactoria a los siguientes fenómenos económicos:

- a) Reducción de las inversiones en los países desarrollados en el sentido de que las nuevas plantas de productos ya estandarizados se harán fuera del país sede de las oficinas principales de las grandes empresas;
- b) Consiguiente tendencia al aumento del desempleo en los países en desarrollo, aun al recuperarse la actividad económica como en 1983;
- c) Acumulación de inversiones en un pequeño grupo de países con mano de obra disciplinada e inclusive en países socialistas con

grandes incentivos a la inversión extranjera como China Democrática, Cuba, Alemania Democrática y Hungría;

- d) Competencia de los países en desarrollo entre sí por obtener inversiones extranjeras a cambio de bajos salarios (zonas francas);
- e) Incentivos a inversiones en países amigos para importar de ellos bienes más baratos (Iniciativa de la Cuenca del Caribe).

3.2.2. El cambio de los sistemas de financiamiento internacional

Uno de los fenómenos recientes más notables de la última década ha sido el aumento colosal de los flujos financieros internacionales. De un promedio de 10 billones de dólares diarios en 1970 se registraron en 1981 transacciones internacionales de divisas por 200 billones diarios: un aumento del 2,000%. De esta enorme suma sólo el 5% está relacionado con el financiamiento del movimiento de bienes y de inversiones directas (*Bell-Kettel*: 1983: Introduction).

Las consecuencias de estos enormes flujos internacionales de divisas son funestos para los países latinoamericanos que carecen de sólidos mercados financieros de tipo especulativo y para el financiamiento de inversiones a *largo plazo* tan requeridas por nuestros países, o de *alta razón social* beneficio/costo pero baja rentabilidad a corto plazo (*International Business Week*, agosto 13, 1984).

El hecho, además, de que los Estados Unidos ofrezcan tan altos tipos de interés, por las razones antes expuestas, hace afluir a ellos decenas de millones de dólares por día, que revalúan el dólar y encarecen el pago de una deuda expresada en esa unidad mundial de valor.

La magnitud de divisas acumuladas por los países de la OPEP durante el período 1973 a 1981 es tal, que la estabilidad de los tipos de cambio está más allá del control de cualquier Banco Central del mundo.

**SUPERAVIT ANUALES Y ACUMULADOS DE LOS PAISES DE LA OPEP
(EN BILLONES DE USA DOLARES)**

Año	Superávit anual	Superávit acumulado
1973	6	6
1974	64	70
1975	30.9	100.9
1976	35.4	136.3
1977	29.7	166

1978	11.6	177.6
1979	62.8	240.4
1980	119.1	359.5
1981	60	419.5

Fuente: Paribas.

Pero cualquier devaluación de la moneda local significa explícitamente *un incremento de la brecha* entre los países pobres y los Estados Unidos, y casi siempre también de la desigualdad entre ricos y pobres en los países víctimas de la devaluación especulativa.

3.2.3. Patrones de nuevas políticas socio-económicas

Las tendencias recién indicadas sobre la revolución de los procesos tecnológicos de producción y de financiamiento han sido iniciadas no por los estados del "núcleo" sino por *empresas* que, aun cuando tengan su centro de gravedad en el "núcleo", abarcan también zonas periféricas del mundo. En verdad estas empresas, con frecuencia vinculadas entre sí, aunque probablemente de modo menos formal de lo que se supone (Connell: 1984, 430 ss.), han sido los verdaderos motores del agrandamiento o reducción de las *brechas* inter-países y, también, de las *inter-classes* en cada país.

La impresión que uno obtiene imaginando su operación es la de que, en general, contribuyen de modo sustancial a *aumentar la brecha entre los ricos y los pobres en cada país*, aunque puedan reducir la existente entre un grupo de países antes más opulentos y otros en proceso de ascenso económico.

La razón parece obvia: si las inversiones se hacen en países en desarrollo, con mano de obra más barata, usando —como es de suponer— personal técnico y administrativo local, la *brecha* entre obreros y empleados, por una parte, y entre administradores y técnicos, por otra parte, debe aumentar.

En los países desarrollados se da el mismo fenómeno aunque los beneficiados serán preferentemente los propietarios de capital en el sector "ricos".

Aceptando, por su verosimilitud esta hipótesis, nos encontramos en los países desarrollados, que cuentan con organizaciones sindicales y empresarias de relativamente sólida organización, con *un nuevo patrón de política económica*: los sindicatos exigirán, a través de las empresas, medidas proteccionistas a cambio del no despido de empleados o de la baja de los beneficios sociales, que para las empresas son costos laborales tan palpables como los mismos salarios, pero que los obreros,

por limitaciones características del corto horizonte temporal del consumidor, aprecian en menos que los salarios.

De hecho este tipo de política tiende además a que los sindicatos acepten como imprescindible el aumento de la rentabilidad empresarial en las plantas de sus propios países.

En consecuencia la *brecha* entre ricos y pobres en los países desarrollados aumenta, y por el proteccionismo y las transacciones especulativas de capital, también la *brecha* de los países más poderosos respecto a los demás países de economía menos desarrollada, que no han sido favorecidos por inversiones extranjeras.

Finalmente, en los países en desarrollo los gobiernos y los "grupos" empresariales se sentirán estimulados a competir, a base de salarios bajos, mejores condiciones de repatriación de beneficios y seguridad de un clima laboral "estable", por inversiones extranjeras. Todo el peso de la evidencia indica que los países socialistas no forman en realidad ningún conglomerado económico aislado del sistema económico mundial (*Chase-Dunn: 1982, Journal of Comparative Economics, Vol. 7, N. 3, September 1983* —caso de Hungría).

3.2.4. Una llamada a la relativización analítica

A pesar de la elegante presentación de la explicación de las crisis por el "proceso", conviene estar prevenidos contra la tentación a asumir tendencias perfectamente marcadas. Como dice *Wallerstein* (1984, 559): "absolutamente nadie postula que los indicadores cuantitativos de la vida social son monótonos en el mundo moderno. Todos estamos concordes en que fluctúan: esto es que suben y bajan". Por eso, aun cuando parece discernible un cierto patrón de regularidad en el "ciclo" económico y en la variación de la amplitud de la "brecha", conviene precaverse internamente contra el sentimiento de inevitabilidad del futuro.

Más importante todavía es no confundir el análisis "con el fatalismo, o aun siquiera el determinismo, excepto en el sentido en que toda ciencia es determinista: una buena explicación posibilita la predicción. Podemos afirmar que la depresión en el actual 'ciclo largo' continuará hasta que ocurran grandes cambios hacia una mayor igualdad intranacional e internacional. Esta afirmación deja sin responder precisamente en qué consistirán esos cambios y cuándo ocurrirán; queda abierta la posibilidad de que esta vez los cambios no sean reversibles sino cumulativos. El presente sistema mundial económico al que hemos sido arrojados... fue hecho por el hombre, y no hace mucho tiempo. Puede ser deshecho por el hombre, y no en mucho tiempo". (*Tylecote: 1984, 716*).

Esta observación, hija del estudio y de la sabiduría que sólo se gana a través del análisis por largo tiempo de las tendencias históricas, nos obliga a reflexionar, al final de estas páginas, sobre la posible

contribución realista de la Iglesia a cerrar "de manera acumulativa" y también "coyuntural" la brecha entre ricos y pobres. A esta reflexión dedicaremos el último apartado de esta ponencia.

4.1. Principio general

Es bien posible que las políticas económicas adoptadas en los últimos 10 años hayan sido erróneas o desatinadas en muchos países del mundo y de América Latina.

Del análisis expuesto resulta, sin embargo, bastante evidente que todos los agentes pastorales deben adquirir *una mayor conciencia sobre la complejidad verdaderamente internacional* del problema tan angustioso de la *brecha* entre ricos y pobres.

Resulta demasiado fácil condenar evidentes desigualdades. Es sencillamente injusto atribuir a un determinado gobierno la totalidad, o incluso la responsabilidad primaria de semejantes desigualdades.

El agente pastoral tiene la ineludible responsabilidad de condenar la injusticia, pero *debe hacer un esfuerzo serio por tratar de comprender sus raíces mundiales* y mecanismos de propagación.

Los Obispos y Conferencias Episcopales deben profundizar ellos mismos la dimensión internacional de la *brecha* entre ricos y pobres. "Nadie va más lejos que el que no sabe a dónde va".

4.2. Líneas coyunturales

En los momentos que vive América Latina el problema de su deuda externa y de las políticas recomendadas y aun forzadas por los acreedores para lograr su amortización, tienen tal importancia para la vida y la muerte de millones de personas en el Continente y para el futuro del mismo, que la Iglesia debe insistir ante los acreedores y, especialmente, en el caso de Gobiernos e Instituciones Internacionales, en tres puntos fundamentales:

4.2.1. Si existe la buena fe de pagar compromisos libremente asumidos en el pasado, el recurso a *presiones de otros gobiernos que amenazan con paralizar toda ayuda ulterior* hasta que no se llegue a un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, es abusivo y merece una abierta condena.

El rechazo de este tipo de chantaje estatal por parte de los Obispos y Conferencias Episcopales de los países acreedores es un elemento valioso de ayuda para evitar una abertura inmensa en la *brecha* entre ricos y pobres.

4.2.2. Hay por lo menos dos alternativas para el pago a la deuda: la reducción del gasto real hasta generar un excedente financiero

(solución manifiestamente defendida por el Fondo Monetario Internacional), incremento de la producción reorientada a la exportación y a la profundización del proceso de producción de materias primas y bienes semiterminados (solución ésta presentada en el Informe sobre el Desarrollo Mundial del *Banco Mundial*, 1984).

El primero de estos caminos implica un incremento del desempleo y una caída de la oferta de servicios sociales básicos que aumentan la *brecha*.

El segundo procedimiento, aunque doloroso para intereses y personas que han dedicado largos años a otras actividades, parece más justo. Evidentemente habría que llegar a un acuerdo sobre una negociación más larga y menos onerosa de la deuda externa, el otorgamiento y mayor control de nuevos préstamos para el desarrollo social y de la infraestructura física, y el pago en *bienes* (y no en divisas) producidos en los países deudores de buena parte de la deuda anterior.

4.2.3. Se da ciertamente un conflicto de intereses entre los países desarrollados y los países en desarrollo en torno al proteccionismo. En todos los países el desempleo, pero también las ganancias de las empresas, se ven amenazados por la competencia internacional.

Probablemente existen sólo salidas negociadas políticamente a la práctica del proteccionismo. Por ejemplo, pago de compensaciones por prácticas proteccionistas.

Crear que existen soluciones "de mercado" en una economía mundial, tan volátil en lo que a ubicación de nuevas inversiones físicas y colocación de capitales monetarias se refiere, no lleva, aparentemente, sino a la inactividad y a decisiones por grandes entidades privadas, no responsables ante nadie, que tienen fuertes repercusiones para el bienestar de los pueblos.

4.3. Líneas permanentes

Por razones de eficacia me parece importante reducir las líneas pastorales permanentes a muy pocos principios de comportamiento y de actitudes éticas. Especialmente urgente es:

4.3.1. Fomentar, sin negar ni disimular los evidentes abusos sociales intranacionales e internacionales, la *solidaridad* de todo el género humano específicamente en el campo de la producción y distribución de bienes y servicios. Los cristianos debieran dar ejemplo de no aprovecharse de la debilidad ajena para enriquecerse personal o corporativamente.

4.3.2. Insistir en que las *ganancias* o excedentes tiene que ser dedicadas a *las inversiones* y no al consumo extravagante. En América Latina este

consumo, limitado a capas super ricas, nada dignas de imitación de países desarrollados (¿o aburridos?), fue, y es todavía en potencia, una plaga.

Toda aceptación irrestricta del principio práctico de que la crisis económica actual sólo es superable por más trabajo y más barato, y por mayores ganancias que permitan la reinversión, debe ser rechazada de plano en nombre del respeto a la verdad.

Lo importante es que todos puedan ahorrar algo, y que las ganancias sean empleadas en nuevas inversiones y no en consumo.

- 4.3.3. En lugar de cantar alabanzas a la habilidad especulativa, nuestros pueblos, y la humanidad entera, deben alabar el trabajo productivo. No en el limitado y discutido sentido de *Adam Smith* (libro II, c. III), que lo reduce a la producción de bienes materiales vendibles en el mercado, sino en el más verdadero de *Juan Pablo II*: "Con su trabajo el hombre ha de procurarse el pan cotidiano, contribuir al continuo progreso de las ciencias y de la técnica, y sobre todo, a la incesante elevación cultural y moral de la sociedad en la que vive con sus hermanos. Y 'trabajo' significa todo tipo de acción realizada por el hombre independientemente de sus características o circunstancias" (Laborem Exercens, Introducción).

Evidentemente estas "líneas permanentes" de pastoral requieren un refinamiento cuidadoso: la relación entre ganancias, inversión y consumo es, en la práctica, extremadamente compleja. Tampoco puede negarse que la actividad especulativa tiene un campo limitado de verdadera utilidad social. Pero, aunque en los matices está la verdad, en los principios sencillos de comprender reside el dinamismo de la acción.

BIBLIOGRAFIA

- Alemán, José L., *Una Teoría Histórica del Estructuralismo en la Economía Mundial*, 1983 (contiene amplia bibliografía).
- Banco Mundial: *Informe sobre el Desarrollo Mundial 1984*.
- Bell, S. — Kettell, B., *Foreign Exchange Handbook*, Graham and Trotman, 1983.
- Congregación para la Doctrina de la Fe (Sagrada), *Instrucción sobre Algunos Aspectos de la "Teología de la Liberación"*, Ciudad del Vaticano, 1984.
- Connell, R.W., *Class Formation on a World Scale*, en *Review*, Vol. VII, 1984.
- Cornwall, J., *The Conditions for Economic Recovery*, M.E. Sharpe, 1983.
- Chase-Dunn, Ch. K., *Socialist States in the World-System*, Sage, 1982.

- Hicks, J., *Una Teoría de la Historia Económica*, Aguilar, 1974.
- International Business Week*, August 13, 1984.
- Juan Pablo II, *Laborem Exercens*, 1981.
- Kuznets, S., *Modern Economic Growth. Rate, Structure and Spread*, Yale University Press, 1966.
- Lichtenstein, P.M., *An Introduction to Post-Keynesian and Marxian Theories of Value and Price*, M.E. Sharpe, 1983.
- Marx, K., *Das Kapital I.*
- Mill, J. St., *Principles of Political Economy*, Ed. Ashley.
- Polanyi, K., *The Livelihood of Man*, Academic Press, 1977.
- Smith, A., *Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*, ed. Fondo de Cultura Económica.
- Tomás de Aquino (Santo), *Summa Theologica, Secunda Secundae*.
- Tylecote, A., *Towards an Explanation of the Long Wave, 1780-2000*, en *Review*, Vol. VII, 1984.
- Wallerstein, I., —*The Modern World System I*, Academic Press, 1974
—*Long Waves as Capitalist Process*, en *Review*, Vol. VII, 1984.